

400840
MADE IN SPAIN



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INSTITUCIÓN DOCTOR «HONORIS CAUSA»

DE DON
RAFAEL ALBERTI

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCI

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA»

DE DON

RAFAEL ALBERTI

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCI

N.º Copia	178734
N.º Copia	178752

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA»

DE DON

RAFAEL ALBERTI



UNIVERSIDAD DE GRANADA
M C M X C I

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR
ANDRÉS SORIA OLMEDO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA. DISCURSO DE
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA».
Depósito legal: GR/185-1991. Edita e imprime: Servicio
de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus
Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Excelentísimo señor Rector Magnífico,
Ilustre Claustro de la Universidad de Granada,
Querido doctorando,
Señores alumnos,
Señoras y señores:

Al conferir el grado de Doctor «Honoris Causa» a Rafael Alberti, la Universidad de Granada recibe un honor sólo comparable al júbilo que profesores y alumnos sentimos acogiendo en nuestro Claustro a quien José Bergamín llamó una vez «El alegre» por antonomasia.

Pero no sólo es ésta ocasión de alegría. También es un acto solemne. En el doctorado convencional una Comisión sopesa la Tesis presentada, pondera sus aciertos y trata de mejorar sus deficiencias. Casi siempre –hay que confesarlo– el doctorando sabe más que sus jueces del trabajo que lo ha desvelado durante años. En este caso se invierten del todo los papeles: Rafael Alberti se presenta ante nosotros con una extensísima obra y una extensísima juventud. A él le toca enseñar –«doctor quia docet»– y a nosotros aprender. Puesto que una de las misiones de la Universidad –la primera y cotidiana– es dar y recibir lecciones, ¿cuáles son las que Alberti, de profesión «poeta solamente», según dejó escrito hace muchos años, puede dar a la Universidad de Granada?

La tesis de este doctorando es múltiple e intensa. Comprende setenta años de escritura continuada, en poesía, prosa y teatro, y se extiende a otras asignaturas: Bellas Artes, Historia del Arte, incluso Ciencias Sociales. Y todo sin dejar de ser poeta. Se impone, pues, desgajar algunos capítulos, en apresurado resumen. Nos quedaremos con tres, aunque sólo pueden separarse de modo artificial: la lección estética de su obra, la civil y vital de su biografía, la moral de su amor por Granada.

El signo y el sino de la obra albertiana es el del siglo XX, con sus luces y sus tragedias. Como en la música de Stravinski o Falla o como en la pintura de Picasso (su amigo y en cierto modo maestro, trabajador infatigable como él) inmediatamente se percibe en su escritura «esta larga disputa entre la tradición y la invención/ Entre el orden y la aventura» que Guillaume Apollinaire observaba como norma dialéctica de la modernidad.

A partir de una pasión por la vida que es pasión por la forma —no olvidemos que Alberti fue primero pintor, que es pintor—, esta dialéctica se resuelve en la experimentación constante, con una inmensa variedad de registros formales y estilísticos. En 1932 ya profetizaba, con tino: «Los profesores de Retórica, como el que me supendió, me estudiarán algún día por mis innovaciones en la Métrica, ya que he batido el récord de dilatación con mis versos de 127 sílabas contadas, con profusión y variedad de hemistiquios». Otro tanto puede decirse de las formas clásicas, pues el experimento no sólo se dirige a lo nuevo. La única condición —ya lo señalaba Pedro Salinas en 1934— es operar siempre con «flexibilidad, elegancia y gracia».

En el plano del contenido, el eje flexible y vertebrado que sustenta sus libros tiene igualmente gusto de modernidad. El «tema vital» de la poesía de Alberti —detectó Solita Salinas— es el del paraíso añorado. Se trata nuevamente de una dialéctica, de una tensión hacia lo otro —llámese ideal, paraíso, utopía, olvido— que actúa en los poetas modernos desde la Edad

romántica en que Stendhal definía el arte como «une promesse de bonheur». El despliegue feliz y sucesivo de esta promesa de felicidad que cumple el arte de Alberti puede servirnos de hilo conductor.

En los primeros libros, *Marinero en tierra* (1924), *La amante* (1925) y *El alba del alhelí* (1925-26), la aventura y el orden entra en juego con los nombres de vanguardia y tradición, integradas —ha escrito Luis García Montero— en «un mecanismo ideológico significativo por el cual la tradición puede utilizarse como fórmula de vanguardia y la vanguardia como un modo de continuar la tradición selectiva». En otras palabras, Alberti da una lección de modernidad frente al pasado. En estos poemas convergen las incitaciones a la expresión sintética contenidas en la predilección de la vanguardia ultraísta y, creacionista por la imagen con la llamada a la depuración del maestro Juan Ramón Jiménez y con el nuevo gusto por la poesía tradicional y popular española que desarrollan los severos filólogos del Centro de Estudios Históricos, en el marco del programa de renovación cultural emprendido durante el primer tercio del siglo. Si en 1919 Menéndez Pidal enseñaba a distinguir entre la hojaresca retórica de los Cancioneros aquellos poemas donde el «olvido del artificio» hace brotar un sentimiento que «fluye sincero, fresco, candoroso, lleno de verdadera emoción», algo más tarde su discípulo Dámaso Alonso encuentra y revela estos rasgos en la obra de un Gil Vicente. Al mismo tiempo, un amigo de Dámaso Alonso, no universitario, aunque hoy doctorando, hace más: reinventa esta poesía, con toda su simplicidad exquisita y todo su poder de sugestión: «Al alba me fui, / volví con el alba. Vuelvo, / chorreando mar, / a mi casa. Amargo, / sin retama». Alberti recrea: no hay sombra de arqueología en estos versos. La lógica poética que los rige es de nuestra edad: desde la tierra, el mar es emblema de libertad añorada y habitada; ya en el mar, es el mar un territorio de frescas visiones imaginarias.



Con apenas veintitrés años, Alberti recibe la «accolade» nada menos que de Juan Ramón Jiménez, tan gran poeta como crítico severo y selectivo, quien le dedica el juicio más cariñoso que emitió en su vida sobre un libro de otro poeta: «Ha trepado usted, para siempre, al trinquete del laúd de la belleza, mi querido y sonriente Alberti...». Con justo orgullo el joven poeta incluye esta carta en la primera edición, premiada, de *Mari-nero en tierra*. Sin embargo no se limita; no ha hecho más que empezar. En *Cal y canto* (1926-27), recorre a su antojo las estrofas clásicas y el repertorio vanguardista de metáforas audaces y motivos de la actualidad: «Ojo de los semáforos, colgada, / la luna, presidenta de los trenes / y guardavía azul de faz tiznada». Su contribución al homenaje a Góngora (1927) consiste en apropiarse de todo el complejo lenguaje gongorino, de golpe y como por juego, y continuar la obra del poeta cordobés mediante una «Soledad tercera» perfectamente actual.

Hacia fines de los veinte, la poesía de Alberti entra en una crisis fructífera. La lección, ahora, se refiere a la otra cara de la modernidad: a la rebeldía contra los valores llamados morales por la sociedad burguesa, que el surrealismo propaga por toda Europa. La aventura se hace más arriesgada, y de ella nace un libro capital en la poesía del siglo XX, *Sobre los ángeles* (1927-28). Estos ángeles «son potencias del espíritu en todos sus ámbitos» (C. M. Bowra) emparentados con los bárbaros emisarios de los Beatos medievales (Salinas) y traen hoscas visiones infernales, hondos deseos, fugaces momentos de consuelo. La escritura se amplía hasta el versículo de inspiración bíblica, el tono redescubre a un Bécquer «huésped de las nieblas», y el libro afronta el tema del paraíso perdido con un vigor y una lucidez definitivas: «Adónde el Paraíso / sombra, tú que has estado? / Pregunta con silencio. Ciudades sin respuesta, / ríos sin habla, cumbres / sin ecos, mares mudos». Se dibuja —como en Eliot, y por supuesto, sin filiación de ninguna clase con el poeta angloamericano— un territorio devastado, por el que atraviesa la voz poética debatiéndose entre sombras y rui-

nas, surcadas de repente por brillantes y dolorosos recuerdos del cielo y del mundo puro de la niñez: «Tizo electrocutado, infancia mía de ceniza, a mis pies, tizo yacente».

La salida al futuro comienza en los versos subversivos de *Sermones y moradas* (1929-1930): «En frío, voy a revelaros lo que es un sótano por dentro», y con la «Elegía cívica», cuya fecha, 1 de Enero de 1930, encierra el valor simbólico del «inicio de una nueva era, de una nueva actitud vital y de una concepción diferente de la poesía» (A. Jiménez Millán); también —no todo es pesimismo— en la jovial y ácida provocación surrealista de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929) donde el poeta disfrazado de clown pone de manifiesto el poder de la farsa, el juego libre con el lenguaje.

Al fin, la crisis se resuelve mediante el compromiso revolucionario, que dota al poeta de un nuevo lugar social al que se asocia una actitud designada por el título de un libro compuesto entre 1931 y 1935: *El poeta en la calle*, cuyo prólogo encierra un programa muy claro: «...cuando el poeta ... toma la decisión de bajar a la calle, contrae el compromiso, que ya sólo podrá romper traicionando, de recoger y concretar todos los ecos, desde los más confusos hasta los más claros, para lanzarlos luego a voces allí donde se les reclame». Para llevarlo a cabo, Alberti recobra la viejísima función oral de la poesía y se arma con más fuerzas y razones para «cazar en los aires vivos de la poesía popular», según escribe en una conferencia sobre Lope de Vega y la poesía española contemporánea, de 1935. Además, el abanico de temas y modos poéticos continúa ampliándose: las viejas técnicas del paralelismo y lo que Alfonso Reyes llamó «jitanjáfora», la retahíla expresiva de puros significantes, sirven en estos momentos —Bienio Negro, Revolución de Asturias— a la sátira de urgencia.

En efecto, la terrible aventura se llama ahora guerra civil, urgencia en poesía y teatro, lucha, dolor por «las tierras, las tie-

rras, las tierras de España, / las grandes, las solas, desiertas llanuras» de unos versos épicos cuya emoción patriótica nos toca hondamente.

A la guerra sucede la experiencia amarga del exilio, que sin embargo no impide el despliegue de una vida plena, en América y Europa. En la obra tiene lugar un retorno explícito al orden, expresando en la invocación con que se abre *Entre el clavel y la espada* (1939-40): «Después de este desorden impuesto, de esta prisa, / de esta urgente gramática, necesaria en que vivo, / vuelva a mí toda virgen la palabra precisa, / virgen el verbo exacto con el justo adjetivo». Esta serenidad permite que aparezcan nuevos temas, como el erotismo de los «Sonetos corporales», incluidos en este mismo libro, y más tarde los «Retornos del amor», en *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1956), o como la maravillosa éfrasis de *A la pintura*, el mejor homenaje que se haya hecho nunca al Museo del Prado, tan celosamente guardado por el poeta durante la guerra civil. Como muestra, entre cientos, de este vasto «Poema del color y de la línea» valga este verso, dedicado a Velázquez: «La tenue rosa y gris argentería».

También se abre espacio al teatro, ya cultivado antes y durante la guerra, y a la prosa, con *La arboleda perdida*, uno de los grandes libros de memorias de nuestra literatura contemporánea, que al mismo tiempo es testimonio preciso de una edad ejemplar y muestra de dominio sobre la prosa.

Por lo demás, las fuentes ya abiertas siguen brotando, incansables. La «nostalgia insufrible por la patria perdida» aflora en *Pleamar*; se extiende a personas y situaciones en esa autobiografía en verso que son los *Retornos de lo vivo lejano*; se concentra en el Cádiz natal, cuya fundación mítica se narra en *Obra marítima*; se adensa en *Baladas y canciones del Paraná*, donde vuelve sobre sus formas primeras para arrancar nuevos tonos melancólicos a partir de la misma poética de síntesis extrema y máxima emoción: «Versos largos, versos lar-

gos, / caminos interminables, / pies y pulmones cansados. / Me basta una sola línea / para la risa o el llanto. / Y hasta me sobra esa línea / para el llanto. // Cuando una lágrima corre, / la dejo correr en blanco». Se ha hablado de un proceso de «vuelta continua a las raíces» (R. Senabre), y el veredicto es correcto siempre que se respete un principio evolutivo de renovación vital.

Igualmente continúa la poesía de combate contra la Dictadura de Franco: *Signos del día*, *Coplas de Juan Panadero*, así como los versos donde se canta la mitología revolucionaria (*La primavera de los pueblos*) con modos entroncados en la tradición bucólica, como estudió Vicente Llorens.

Ya en Europa, *Roma, peligro para caminantes* (1968), con su visión inusual de la Roma popular y plebeya del Trastevere, con sus «Cáscaras, trapos, tronchos, cascarones», sus gatos, sus motocicletas, sus homenajes a la doble tradición de la poesía dialectal italiana –G. G. Belli– y a la clásica española –Quevedo–, es un libro que encierra la lección de «un vitalismo inscrito... en sus auténticas coordenadas reales, sociales» (Juan Carlos Rodríguez).

Una lección inmediata, porque el poeta puede regresar a España en 1977. No es poca la suerte de ese regreso, la importancia histórica de ese regreso para la España de hoy. Con Alberti –peregrino en su patria– vuelve a su lugar natural nuestro siglo veinte, tan desgarrado, nuestra tradición auténtica, nuestra memoria viva «a pesar de los más tristes pesares».

En cuanto a la lección de su fervor por Granada, no voy a referirme al idilio presente entre el poeta y la ciudad, que Alberti ha contado en el segundo tomo de *La arboleda perdida*. La presente ceremonia es un episodio más. Únicamente quiero recordar los escritos en prosa y verso en que a través de la evocación del amigo García Lorca («Tu luna en Granada / era como un grano / de harina de trigo / mi amigo») nos hace

comprender que el valor más alto de Granada reside en su secular poder para generar mitos, y que se trata de un valor moral.

Por todos estos méritos, y en calidad de portavoz de los muchos aficionados lectores y estudiantes que con más títulos que yo han transmitido en nuestra Universidad la lección múltiple de este poeta –recordaré sólo al fallecido Emilio Orozco– pido la venia a este Claustro para que se otorgue a Rafael Alberti el grado de Doctor «Honoris Causa», con la certeza alegre de ser nosotros los honrados.

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON
RAFAEL ALBERTI

Señoras y señores:

Quién me iba a decir a mí, pintorcillo por las playas del Puerto de Santa María, practicante de excesivas rabonas, suspendido alumno de Preceptiva Literaria, adolescente poético y rebelde por las calles de Madrid, incapaz de terminar siquiera el bachillerato; quién me iba a decir a mí que hoy, esta mañana de 1990, aquí, en Granada, sería investido Doctor Honoris Causa de vuestra Universidad.

Con alegría vuelvo a entrar una vez más en Granada, así vestido, con este nuevo traje de lujoso *Marinero en tierra*, después de haber rodado –y no por culpa mía– tanto tiempo por el mundo.

Yo no sé hacer discursos. Perdonadme. Yo no sé examinarme de nada y, menos aún, examinar a nadie. Yo sé que es mi fidelidad a la poesía, mi fidelidad a la cultura española, lo que me trae aquí, para ser honrado con esta toga y este birrete, como un viejo y nuevo miembro de esta Universidad, entrañable para mí por tantas cosas.

Aquí estudió Federico... Federico García Lorca. Y me produce un escalofrío de amistad, todavía insistente y viva, pensar que me dáis a mí el Doctorado que no le pudisteis dar a él. Por

él lo recojo, uniéndome una vez más a su Granada, a las cosas que estaban esperándole para escribir su futuro, tan a des-tiempo y en plena flor cortado. Al recibir la noticia de su muerte, comprendí que Federico había tenido la muerte que me correspondía a mí, por mi más declarada militancia política. Entonces le escribí este poema:

Elegía a un poeta que no tuvo su muerte

No tuviste tu muerte, la que a tí te tocaba.
Malamente, a sabiendas, equivocó el camino.
¿Adónde vas? Gritando, por más que aligeraba,
no paré tu destino.

¡Que mi muerte madruga! ¡Levanta! Por las calles,
los terrados y torres tiembla un presentimiento.
A toda costa el río llama a los arrabales,
advierte a toda costa la oscuridad al viento.

Yo, por las islas, preso, sin saber que tu muerte
te olvidaba, dejando mano libre a la mía.
¡Dolor de haberte visto, dolor, dolor de verte
como yo hubiera estado, si me correspondía!

Debiste de haber muerto sin llevarte a tu gloria
ese horror en los ojos de último fognazo
ante la propia sangre que dobló tu memoria,
toda flor y clarísimo corazón sin balazo.

Mas si mi muerte ha muerto, quedándome la tuya,
si acaso le esperaba más bella y larga vida,
haré por merecerla, hasta que restituya
a la tierra esa lumbre de cosecha cumplida.

Restituyendo el Doctorado que nunca pudo tener, vengo yo a investirme en esta Universidad, a la que estoy agradecido desde hace tiempo. En pocos lugares se ha estudiado mi obra con tanta profundidad y camaradería como en el prestigioso Departamento de Literatura Española de Granada. Gracias desde aquí a los profesores Antonio Gallego Morell, Juan Car-

los Rodríguez, Andrés Soria Olmedo, Concepción Argente del Castillo, y a los poetas y profesores Álvaro Salvador, Antonio Jiménez Millán y Luis García Montero por sus muchos trabajos, libros, artículos, memorias de licenciatura, tesis doctorales y ediciones de mi obra.

Gracias al Excmo. Sr. Rector Magnífico, al Claustro de la Universidad, y un abrazo a mi hermano de investidura y poesía, Ernesto Cardenal.

Hace casi cinco siglos se reunieron en los jardines del Generalife Juan Boscán y Andrés Navagiero. Era en la primavera de 1526 y entre las acequias de Granada se gestaba el ritmo endecasilábico de la poesía renacentista española. Desde entonces el nombre de Granada está profundamente unido a la poesía española. Por eso será emocionante llevar siempre, en los veinte o treinta años que me queden de vida, un Doctorado con el nombre de esta Universidad y de esta ciudad. Vendrán conmigo siempre sus fuentes y jardines, su historia, que es parte de mi historia, y su poesía.

Muchas gracias.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900178752

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA

